



El Martir de la Angostura

Era de noche, y la luna estaba oculta entre las pardas nubes que con lentitud marchaban al occidente, dejando ver de cuando en cuando parte de su disco por algunos intersticios orlados de un color amarillento, que daban paso á la luz que trémula bañaba los bajíos de una árida montaña: su lúgubre silencio era perturbado tan sólo por el silbido de un viento húmedo, que se media entre los arbustos; ningún pajarillo osaba desplegar su canto, ni el murmullo de las fuentes se escuchaba ahí; el ahullido lejano de un perro fué repetido en las desnudas rocas y después resonó de nuevo, aunque fuerte pero distante, disminuyendo gradualmente y con lentitud. . . . no se oyó

más; el viento soplaba con mayor fuerza y sus ráfagas entraban hasta los estrechos valles; la luna no asomaba ya, pero se advertía en dónde estaba por una aureola plateada que se formaba en las nubes, de donde salía una luz aplomada que, alumbrando apenas los escarpados declives, hacía su perspectiva más silenciosa; al pie de una cureña rota despedía sus últimos rayos una luz pequeña, casi cubierta por las cenizas de una mecha, que iba á consumirse; no se hubiera creído que algún racional había presenciado, porque aquel campo sólo estaba ocupado de cadáveres insepultos; mas sin embargo, del pie de un tronco carcomido por el tiempo, salió una voz sorda cuyas palabras no se distinguieron; yacía ahí un hombre desnudo á cuyos pies parecía estar otro medio cubierto con una jerga.

—Qué frío tengo, estoy helado, dijo el desnudo entre los dientes con voz trémula, y después de un corto silencio durante el cual había hecho esfuerzos inútiles para incorporarse, dijo con voz algo más clara pero agitada:

—Me devora esta sed, es insufrible.

Hubo de apoyarse con mucho trabajo en uno de sus codos, y se sosegó para descansar un momento.

—Qué cabeza tan pesada, no me deja mover, decía levantando con mucha pena sus pesados párpados y dirigiendo estúpidas

miradas lateralmente. Pero ¿en dónde me encuentro? repuso lleno de confusión, quedando silencioso y como en actitud de arreglar sus ideas; en esto fijó un tanto los amortiguados ojos junto á sus pies, donde veía blanquear, hizo un esfuerzo para acercarse ahí y reconociéndose con fuerzas mayores, se estiró más y atrajo á sí la jerga que puso sobre las piernas sin perder su postura inclinada, bajó aún su brazo para palpar lo demás que veía ahí, pero ¡cuál fué su sorpresa, al sentir que sus dedos se enredaron entre los sangrientos cabellos de un cadáver! no pudo contener un ronco y ligero grito de terror.

—¡Quién es este hombre! dijo horrorizado retirándose de aquel objeto y sentándose con más facilidad, sintió sofocarse su pecho, helarse la sangre en sus venas, y quedó en un ademán de miedo, que daba á su semblante cárdeno la expresión más imponente; algunos momentos después apoyó una rodilla y sus dos manos sobre el suelo para hacer impulso á pararse, lo que consiguió á pesar de la dificultad que se le puso, tal era el deseo de apartarse de aquel lugar de espanto; dió algunos pasos llevando consigo la jerga que puso maquinalemente sobre su hombro: no siéndole suficientes las fuerzas, cayó sobre sus rodillas, puso una mano en la tierra y pudo sostenerse mientras tomaba aliento para pararse de nue-

vo; lo hizo, y andando con pasos descompuestos no sabía dónde dirigirse; pero viendo cerca un antiguo roble, llegó á su tronco y apoyándose en él, se sentó al pié muy fatigado; después de haber respirado con avidez, tendió una parte de la jerga para reclinarse, dejando la otra sobre su descajado cuerpo.

—¡Qué debilidad, ya no tengo fuerzas! dijo en tono confuso.

—¿Y en dónde por fin estoy? prosiguió después de haber recorrido la parte izquierda con una mirada lánguida, la que terminó con bajar la cabeza como cediendo á su peso; después la levantó y moviéndola con dificultad decía: ¿mas por qué tan abandonado... ¿y mis compañeros?... no hace mucho estaban cerca de mí... ah! y también los enemigos... ¿pues no tan encarnizados?... Sí, ya lo compréndo, ya recuerdo prosiguió con pequeños intervalos de reflexión y saliendo cada vez más de su aturdimiento. Pero, según esto yo estaré... sí, sí, estoy herido, dijo acobardado al sentir que un dedo de la mano con que recorría su mejilla izquierda se hundió en parte en el agujero que había hecho ahí una bala.

—¡Oh miserable de mí! exclamó, y solo enteramente solo; parece que he vuelto de mi letargo no más para sentir el peso de mi desventura; mejor me fuera haber quedado sumergido en él para siempre.

No pudo continuar, le interrumpió un suspiro que se escapó de su oprimida garganta, y algunas lágrimas se asomaron á sus empañados ojos; tal era en aquella situación deplorable el abatimiento de su alma rodeada de padecimientos y téticas reflexiones! mas no se exasperaba aquel patriota porque aún había valor en su pecho.

—¡Qué infeliz es el hombre, y casi siempre se hace de por sí! continuó diciendo interiormente, nace y aún no se desenvuelven sus pasiones cuando siente el corazón herido de ellas, no deja de sorprenderse á las primeras impresiones por serle desconocidas, y éstas estimulándole las esperanzas sedientas de un porvenir lisonjero, le hacen cultivarlas, crecen, les da rienda suelta, se exceden y son por fin monstruosas.

El amor propio es la primera que en el alma nace, pero si se dominara desde sus principios sería virtud útil y freno aun de las pasiones más terribles; mas como está siempre unida al instinto de conservación y procurarse el bien, engendra á la ambición, que como prometedora y lisonjera, el alma le da pábulo y lo da también á tantas que de ella se originan. Se encuentra el hombre en medio de esta borrasca incontrastable, cubre su vista á la razón, sólo mira la ilusión de alcanzar sus ambiciosos deseos.

El atrevido conquistador, esclavo de sus pasiones, arrebatada un pendón, desnuda su brillante espada y adelantando un paso dice á su país, disimulando con hipócrita virtud sus siniestras miras: Mi patria, mi cara y adorada patria, digna de una gloria sublime y eterna, necesita un héroe, que con su valor abra paso á los rayos resplandecientes de su nombre para que deslumbré al mundo; yo, yo soy un hombre sabio, tengo valor, y mi brazo es suficiente no sólo para vengar las injurias que se le infieren, sino para rendir á su poder á todas las naciones; mas para esto sólo necesito enormes sumas de dinero, porque valor no. Con estas hinchadas palabras halaga la ambición de sus compatriotas; todo se le apronta, y bajo cualquier pretexto vuela á otro país; ahí desata enteramente sus pasiones, tala los bosques, incendia las ciudades y todo cuanto toca lo destruye; consigue al fin un triunfo efímero, y ciego de soberbia ya cree que todo está bajo su imperio: colocado sobre una montaña de cadáveres ve con indiferencia que ha dejado sus huellas cubiertas con cenizas y escombros: vuelve á otra parte la cara, y sonriendo ve rodar las lágrimas en las mejillas de las viudas y los huérfanos: alza la vista y cree que es iluminado con el brillo de su gloria; envanece juzga á los planetas globos despreciables y pequeños para que repitan su

nombre y á los siglos futuros, cortísimos espacios para que recorra su fama...

—¡Insesatos! dijo nuestro herido con una sonrisa amarga, ¿cómo puede llamar gloria á esa serie de crímenes degradantes cuya funesta trascendencia influye sobre las más sociedades presentes y futuras? ¿Con qué atrevimiento le da ese augusto epíteto á la abominable y destructora conducta que más bien lo envilece y hace acreedor á la eterna maldición del género humano?...

Después de una ligera pausa, continuó nuestro soldado absorto en sus reflexiones.

Por otra parte, prosiguió, un hombre no menos soberbio y ambicioso, ve el peligro que amenaza su nación, y trata de aprovecharlo poniendo en practica sus tenebrosos planes para conseguir el fin de los deseos que han sido en tanto tiempo objeto único de sus desvelos, enristra una lanza y dice con voz tronante á sus compatriotas: valientes, seguidme; yo soy hábil, y de buena fe os conduciré á la gloria de los triunfos; salgamos al paso á los usurpadores, yo moriré á vuestro lado y á costa de nuestra sangre pondremos á nuestros pies su atrevido orgullo, y restauraremos á nuestra idolatrada patria su empañado brillo; déseme dinero, que soy íntegro y valiente. Con este dorado discurso arrastra tras de sí millares de patriotas, que á pe-

car de ir entre ellos muchos cobardes que siguen su ejemplo, son más los bravos y honrados ciudadanos que dejando su hogar, vuelan á sacrificar su sangre por los nobles derechos que defienden; mas esto no hace al caso, porque si siente dificultades á la consecución de sus miras, mueve todos los resortes que juzga convenientes, la intriga infame, la desvergonzada traición, y todos cuantos medios cree oportunos por abominables que sean, no vacila en ponerlos, á pesar de la moral, de la religión y todo buen principio. Se apodera del oro, acopia relaciones con este mismo medio, protege á otros malvados, y piensa que estas bajezas son gradas que ascienden de un lugar que espera llene su ambición; se cree más elevado, y por fin, ya ciego de ilusiones, se supone sentado en el solio de un poder sublime, desde donde tiraniza á los hombres, que cree obcecados con el esplendor de su fama, sin advertir que de los numerosos sepulcros que ha abierto su conducta, sube á su ilusorio trono un vapor deletereo que marchita los sangrientos laureles de que está adornado, ni lo ve tampoco nadar en un lago inmenso de lágrimas y de sangre. . . . ¡Oh hombre infame y miserable!

¿Por qué tan obstinado en ser el mismo que has sido desde los primeros tiempos, sin advertir siquiera que el menor soplo te destruye?

Interrumpió el silencio el soldado al impulso de sus reflexiones, y pronunció recias últimas palabras, luego se cubrió el rostro con el brazo izquierdo el que apenas daba paso á sus débiles sollozos que herían el aire tristemente. . . . Los agudos dolores de su herida le hicieron interrumpir aquella pausa. ¡Oh, qué debilidad qué ardores! me siento desfallecer! y solo, sin asilo alguno, decía quitándose el brazo de la cara, siquiera mi padre. . . . ¿y dónde está mi padre, que no hace mucho á mi lado me animaba con su valor? repuso mirando á un lado como para buscarlo, "si habrá muerto," prosiguió, llevando la vista sobre la jerga que cubría parte de sus miembros helados, "si sería el cadáver que acaba de horro-rizarme! ¡Oh! qué idea, gran Dios!" añadió examinando con ansia aquella ropa. "¡Oh, sí, él es, él es!!" exclamó fuera de sí, recargando la cabeza en el tronco del duro roble, y alejando de sí con lentitud la jerga. En efecto, á pesar de la escasa luz que le alumbraba, reconoció una manga de jerga que su padre siempre traía consigo en la campaña, y no le quedaba duda que el hombre que había tocado con su mano era él. Poco después salió del estupor en que había quedado sumergido un rato, y dijo en su interior: "padre amado, tú también has sido víctima del furor de los hombres, como yo y otros muchos héroes, que han ve-

nido de buena fe á morir con valor y sin fruto: ¡has muerto tú! ¿y mi madre?.... ¡madre querida, has perdido de una vez á tu hijo y á tu esposo! y quedas en ese mundo á llorar tus desdichas, al lado de mis inocentes hijos, que también han de llorar en su orfandad....llorarán, si esos mis tiernos pimpollos, prenda para mí la más preciosa del ser que más amo en el mundo.....de mi esposa, de mi idolatrada y cara esposa, que en medio de esa sociedad inicua va á quedar abandonada y á ser la burla de los malvados. Queda, mi querida, cumple con tu misión de llanto, que yo aquí muero conforme para cumplir con el más santo de mis deberes”....Ya estas reflexiones eran muy interrumpidas, porque no dilataba la muerte en dar término á su vida; “queda, sí” siguió apenas en su mente, “queda con valor, que muy pronto la misma hambre y los padecimientos te consolarán sacándote de esta vida amarga y esa sociedad ingrata que no te ha de consolar, y que olvida que tú también eres mártir por ella; pero un Dios te espera, es bueno y nos ha de consolar. Adiós esposa, adiós mis tiernos hijos, adiós amada madre, que á mí también me espera Dios, si, me espera....piedad! ¡oh Dios, piedad!!”....

El brazo en que estaba apoyado sucumbió, dió con la cabeza en una piedra, y exhaló el último aliento.

ELENA

MIGUEL MARTEL.